

RAUL SILVA CASTRO

VICENTE GREZ

(1847 - 1909)

4

Santiago de Chile

1 9 6 9

RAUL SILVA CASTRO

301246

VICENTE GREZ

(1847 - 1909)

Santiago de Chile

1 9 6 9

Vicente Grez nació en Santiago en el curso del año 1847, y después de algunos estudios elementales en el Colegio de San Luis, dirigido por el presbítero don José Manuel Orrego, se inscribió en el Instituto Nacional para cursar las humanidades, a cuyo término alcanzó a iniciar los estudios de leyes. Habría sido un abogado más si no apunta en él, muy temprano, la inquietud literaria, que le alejó de las aulas y le convirtió en periodista. Su primer intento fue una publicación satírica, *El Charivari*, donde debían mezclarse las sátiras escritas a las dibujadas, todo ello con tanto empeño y denuedo que, a corto andar, era el periódico denunciado a la justicia.

En 1868, con motivo de la acusación que Benjamín Vicuña Mackenna interpuso contra aquel periódico, por publicaciones que daba como injuriosas, y de la cual resultó condenado por el jurado respectivo el poeta Luis Rodríguez Velasco, quedó en claro que el editor responsable de *El Charivari* era Vicente Grez. *El Charivari* había comenzado a publicarse el 29 de Junio de 1867, y al principio ofreció algunas ilustraciones, pero pronto publicó dos páginas completas (en total llenaba sólo cuatro) de caricaturas, que por la aparición de personajes de la época cobran ahora un subido interés documental. En *El Charivari* hay colaboración de Rodríguez ya mencionado y de Fanor Velasco, y la de Vicente Grez debe hallarse bajo el seudónimo Vincet, con el cual encontramos suscritos algunos versos y mucha prosa, dedicada generalmente sólo al comentario de los sucesos del día. La acusación no impidió la circulación del periódico, que siguió imprimiéndose hasta el núm. 125,

de 25 de Diciembre de 1869. En la última parte de *El Charivari*, sin embargo, nos parece ver un cambio de empresa porque se altera no poco la orientación de los comentarios y, además, desaparece la firma de Vincet donde hemos querido ver la pluma de Grez.

Si algo ha de sobrevivir de aquella aventura juvenil, ese algo debe ser el editorial de presentación de *El Charivari*, que sin vacilaciones atribuimos a la pluma de Grez. Dice así:

LA PRIMERA APARICION

Hoy se presenta a las miradas del público el más raquítico e infeliz de los periódicos de la capital.

Nace débil, envuelto en pobres pañales, sin madre cariñosa que vele sus primeros pasos, sin fortuna ni títulos, sin agasajos ni repiques de campanas, sin alborotar siquiera la más modesta y limitada familia de esta populosa ciudad; pero nace alegre y vivaracho, juguetón y risueño, tarareando la aleluya, brincando como un cervatillo y soltando, sobre todo, la más sonora y estridente carcajada!

Dejadle reír, señores; asistidle con una mirada siquiera de benevolencia y agrado. El bate con estrépito su manojo de cascabeles, adelanta su desnuda pantorrilla con garbo y majestad hasta vuestros salones, hace una mueca, os observa, os remeda, os guiña el ojo con burlona sonrisa y habla, muerde, acaricia, sacude vuestra peluca, se apodera de vuestro bastón y eleva una mirada a los cielos con infantil inocencia: ¡cosas de niño! ¿No véis que ignora las conveniencias sociales? ¿Sabe acaso lo que nosotros llamamos una razón de Estado, en política; el buen tono, en la gran vida; la gloria, en el campo de batalla; la elegancia, entre las mujeres; un espléndido negocio, entre los hombres?

Creemos inútil oponernos a las tendencias nacientes de nuestro pequeño paladín. Hay tantos llorones en nuestra literatura, tantos lechos de espinas en el campo de nuestra política, tantas dolencias y quejumbres en este valle de lágrimas, que creemos oportuno dejar toda la tensión necesaria a las mandíbulas de nuestro chico.

Juzgamos aún conveniente la alegría, no la torpe y escandalosa que brota de los labios del misántropo desengañado del mundo, ni la que se produce en insulsa chacota en los corrillos de ociosos y gentes desocupadas, pero sí la

Dice aquél a quien falta una peseta.

—“Vivir es acercarse a horrible meta”
Exclaman los modernos Jeremías;
—“Es variar de placer todos los días”
Exclama, haciendo un dengue, una coqueta.

—“Es dormir en las calles”, dice un paco,
—“Es barrer y fregar”, una criada,
Y un banquero: —“Es llenar saco tras saco”.

Mas si esto dice nuestra gente honrada,
Tendido en su sillón dice don Joaco:
—“Vivir es ganar plata y no hacer nada!”

Periodista de nativa inclinación, Grez indica con estas primeras apariciones en el mundo de los periódicos el que será su principal destino. Fungirá de periodista hasta los últimos días de su existencia, inclusive sin dejar otras ocupaciones. En 1875, por ejemplo, se incorporó en la administración pública como funcionario de la Dirección General de Correos, y en años siguientes ocupará otros cargos de mayor prominencia. Entró al Congreso como diputado suplente de Arauco en el período 1882-5, suplente de Taltal entre 1885-8, y, en fin, propietario por el mismo departamento, en el término de 1888 a 1891, que fue interrumpido por la revolución. Al estallar la guerra civil, Grez era segundo Vicepresidente de la Cámara de Diputados, puesto para el cual había sido elegido en el curso de 1890. Haciendo uso de su acta de representante, firmó la deposición de Balmaceda. Pero nada de esto, insistimos, le separó totalmente del periodismo.

* * *

Ya en 1874 podía verse a Grez trabajar en *La República*, donde

mantiene la sección *El Día*, que llena a veces dos columnas del periódico. ¿De qué trata allí? De todo; esta crónica de los sucesos permite no sólo presentarlos sino también comentarlos con chispa. Las preferencias personales del periodista se reflejan muy bien en aquella sección, que tanto daría que hablar a los periodistas contemporáneos: narra el espectáculo de las carreras y la emoción que suscita entre los apostadores, habla de sus visitas a las exposiciones y a las ventas de cuadros, y sobre todo informa muy detenidamente de la vida teatral, pues tiene en los puntos de la pluma los nombres de los artistas que han visitado los teatros de la ciudad en anteriores temporadas, y sabe cuántas veces se han dado, por lo menos en el período de que él conserva memoria, las principales óperas del repertorio entonces habitual; elogia el canto de unos y la acción de otros, y desliza, en fin, simpáticas noticias íntimas sobre los artistas, a quienes frecuenta como amigos. La sección *El Día* es intencionada, amena, y basta para hacer la delicia de los lectores de *La República*. En 1876 ya no es redactor de *El Día*, labor en la cual le pasa a reemplazar Carlos Grez Torres.

El redactor de la sección *El Día* es, además, corresponsal de *La Patria* de Valparaíso, el diario de Isidoro Errázuriz, que de la capital naturalmente aspira a recibir la flor de las noticias. Así y todo, en aquella correspondencia cobran mayor importancia las informaciones políticas, y por lo general se hace prolijo resumen de los debates parlamentarios en las sesiones de la Cámara de Diputados. Se da crédito como corresponsal de *La Patria* en Santiago a Vicente Grez, en el artículo destinado a conmemorar los trece primeros años de aquel periódico, en la edición de 3 de Agosto de 1880, con la firma de Federico Cruzat Hurtado. En esta colaboración usó el seudónimo Vincet.

En esa misma época, se ataca en forma cáustica a Grez por ser redactor de *El Día*, desde las columnas de *El Estandarte Católico*

y de *El Independiente*, y se hace burla de él llamándole *tachuela*, por su desmedrada estatura, en *El Santa Lucía*, revista literaria nada primorosa.

Al año siguiente, Grez aparece comprometido en sociedad con Francisco Riso Patrón en la empresa de publicar un pequeño diario, *Las Novedades*, cuyo primer número salía a la circulación el 13 de Octubre de 1877. Allí se reprodujo en folletín, en los primeros números, las leyendas de Bécquer, y en sus columnas se ven algunas colaboraciones de Grez en forma de semblanzas de personajes de actualidad, con el seudónimo Kel-Kun. Hay, además, una crónica incisiva, a veces con comentarios rimados, que suele contener grandes bromas a Miguel Luis Amunátegui, a quien don Aníbal Pinto acababa de llevar al gobierno; y algunos de los chistes de esa crónica, extraordinariamente humorísticos, bien pueden ser también de Grez, que por cierto no podía firmarlo todo. Pero la presencia de nuestro autor en esas columnas no parece haber ido más acá del año 1877.

* * *

Del diario, Grez iba a pasar a las páginas de la revista, donde podría explayarse su talento en pequeños cuadros de historia, a modo de miniaturas. La ocasión se le brindó en la *Revista Chilena*, fundada en 1875 por los historiadores Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana y que ya en 1878 había ido a parar a las manos del Dr. Augusto Orrego Luco, quien tan atinadamente combinó siempre la medicina con las letras. Amunátegui estaba ausente de la *Revista Chilena* mientras servía el cargo de ministro de Estado, y Barros Arana se encontraba en Buenos Aires, enviado como ministro diplomático para proseguir las gestiones de límites, dilatadas a lo largo de lustros. En la *Revista Chilena* se publicaron los capí-

tulos que iban a componer el libro *La vida santiaguina*, y allí también una tradición sobre las monjas trinitarias, emplazada en el siglo XVIII y que si bien no forma parte del libro, parece pertenecerle como apéndice por el estilo. El libro comenzó a circular en el mes de Agosto de 1879.

La caracterización del siglo XVII lograda por el autor de *La vida santiaguina*, justa en sus rasgos generales, peca de incompleta. De sus palabras parece desprenderse que la vida austera a que invitaban las prácticas religiosas, cual se hacía en Chile en aquella centuria, pudiera formar contraste con el régimen de existencia en otras naciones, de modo que mientras los chilenos se flagelaban en Semana Santa para ponerse bien con Dios, en otras naciones se conservaban usos más ligeros, más alegres, menos desprovistos de pesadumbre y de congoja. Nada más errado. La religiosidad se daba por igual en todas las naciones, por lo menos en las formadas dentro de los preceptos del Cristianismo, y seguramente asimismo existía en el seno de las sociedades ordenadas conforme los preceptos de otras religiones, pues siempre lo propio de éstas —sin excepción alguna— ha sido llamar al hombre a penitencia y aún a sacrificio para redimir las culpas que haya podido cometer. El lector desprevenido, al recorrer las páginas de Grez, podría sentirse inclinado a imaginar que religiosidad había, en el siglo XVII, sólo en Chile; que sólo en Chile se llevaban a cabo ostentosas procesiones callejeras; que era privativo de Chile el cumplir penitencia, el flagelarse y el confesar a gritos los pecados.

Y ello se debe a que, como otros libros del siglo XIX dignos de nota, el de Grez muestra generalizaciones forjadas en torno a conceptos que la investigación histórica ha precisado más adelante. Nadie en verdad posee derecho para afear la conducta del escritor si en ligeras crónicas de su ciudad natal señala el lujo como propensión de sus compatriotas, siquiera de generaciones anteriores,

pues toda una escuela histórica había aclimatado los espíritus de los chilenos en ese mismo error. Cuando en 1647 la ciudad de Santiago quedó destruida por un terremoto, los sobrevivientes de aquella catástrofe, enloquecidos de terror, atinaron sólo a solicitar de la corona la suspensión de algunos de los muchos gravámenes tributarios que ya entonces afligían la economía nacional. La corona entendió el problema, y dándose cuenta de la insigne pobreza chilena, que tan ostensiblemente quedaba a su vista, accedió a dejar en suspenso algunas exacciones tributarias. Sin tan oportuna medida, la economía habría seguido postrada por muchos lustros.

Pero en fin, volviendo al lujo, el tema donde más se engolosi-
na la imaginación de Grez, debe señalarse que estaba restringido a un número ciertamente muy pequeño de personas, y en consecuencia bien podía pasar inadvertido. La gente devota lo entendía como pecado, pues no en balde la predicación de todas las iglesias, desde que existen religiones en el mundo, ha estribado siempre en el elogio de la austeridad y de la modestia y jamás en la apología de la soberbia y del derroche. Más allá de los devotos pudientes, que habrían podido costear atavíos lujosos, estaban los devotos de corta fortuna, para quienes todos los objetos de lujo, sin excepción visible, eran absolutamente ilusorios por su precio. Si recorremos la sociedad colonial de arriba abajo, es decir, al través de sus diversas clases sociales, francamente no podemos encontrar en ninguna parte el lujo. Se dirá que hay cartas de dote y testamentos donde se indican algunas alhajas; concedido; pero debe aceptarse que eran muy pocas en número las familias a las cuales habría alcanzado el dinero para comprarse algunos adornos que hoy, por lo demás, no llamarían la atención de nadie. No es, pues, por el lado del lujo por donde podría merecer el infierno el chileno típico del siglo XVII sobre el cual ha detenido su mirada el ameno escritor. Él mismo, por lo demás, se rectifica al hablar en su capítulo IV de *Los*

hombres galantes: allí, algo olvidado de lo dicho en páginas anteriores, califica de "pobre" la vida colonial. Pobre y pobrísima, lindante sólo con la miseria, podía ser la existencia de esta colonia en la cual no había metales preciosos ni especias de valor en los mercados del mundo, y donde a cualquier asomo de bonanza seguía como réplica, la amenaza de la guerra para frenar el entusiasmo de los colonos.

Esta impresión de la miseria que parece consustancial a la vida chilena, como la sombra sigue al cuerpo, nos la da el propio autor, en otra forma, páginas más adelante. Termina el cuadro de *La vida santiaguina* con un inspirado capítulo sobre *La fiebre del oro*, en el cual Grez cuenta muchas cosas que pudo conocer siendo muchacho, por tradición inmediata de los miembros de su familia y de los primeros amigos del colegio. La fiebre del oro nacida en torno a las noticias de California produjo en Chile un violento raptó de entusiasmo, y miles de jóvenes salieron del país para aventurar fortuna en un país desconocido y distante. ¿Peligros? ¿Penurias? Todos los que se suponga, y debe anotarse que no pocos de esos audaces no regresaron jamás a su tierra y en ésta se perdió todo rastro de su existencia, hasta hoy, salvo vagas y descabaladas noticias nunca bastantes para saciar la angustia de una madre. Ahora bien, cabe preguntarse, ¿emigran los naturales de un país rico en el cual se vive bien y donde, en fin, es posible alcanzar el lujo? En concreto, en estos días, ¿emigran los hijos de los Estados Unidos porque allí, en su suelo, echan de menos alguna comodidad, algún placer, algún adelanto que se haya logrado en otro suelo? No se emigra sino de los países pobres, donde faltan alicientes, y la gran lección de la fiebre del oro de 1848 y años sucesivos para Chile, es la de que los chilenos que fueron a California iban acuciados por la ambición y no por la plenitud, es decir, por la carencia de algo y no por esa falta de apetitos que crea la abundancia. De

Chile se emigraba en 1848, como se emigra hoy, porque la tierra no daba de sí para alimentar los ensueños de los audaces.

Después algo escribió en *El Heraldo*, diario santiaguino de corta vida que tuvo el privilegio de poder enviar como corresponsal de la Guerra del Pacífico a su joven redactor Daniel Riquelme (1855-1912), quien publicó allí preciosas cartas sobre episodios de la campaña y sobre la instalación en Lima del ejército triunfante. En este diario, Grez insertó, bajo el nombre de *Ráfagas*, breves poemas donde se le divisa aplicado lector de Heine, y un artículo digno de mención especial, dedicado, el 19 de Setiembre de 1880, a Camilo Henríquez, donde anuncia la intención de publicar una obra titulada *El nacimiento de la poesía en Chile*. ¿Escribió este libro? No podemos responder; pero de los usos que le vemos seguir en no pocas de sus producciones, puede presumirse que confiaba formarlo con artículos destinados a la colaboración en los periódicos.

Con siluetas de varias ilustres damas que figuraron en la historia de Chile, formó el volumen *Las mujeres de la Independencia* (1878). Debe subrayarse, a propósito, que Vicente Grez emprendió la piadosa tarea de divulgar la historia de Chile, al través de sus rasgos más dramáticos, en fecha muy temprana, y dentro de esta intención se le deben, además de ese libro, los titulados *La vida santiaguina* y *El combate homérico*. En los tres se advierte una misma inspiración: el autor quiere convencer a sus lectores, por medio de observaciones simpáticas, de que forman parte de una sola comunidad con los hombres del pasado, y de que todos en conjunto son un pueblo que aspira a la libertad y que busca la paz como camino para alcanzar el progreso. El ejemplo de Prat (*El combate homérico*) debe suscitar en el hombre chileno templanza ante la adversidad, coraje en la lucha, solidaridad de esfuerzos cuando la obra en marcha no puede ser llevada a cabo por un solo

hombre, heroísmo, abnegación, desprecio de la muerte, si la causa es de aquéllas que tanto exigen. Del mismo modo, tienen las mujeres un puesto en las luchas cívicas y en las alternativas de la guerra. No se les pide arengar a las multitudes, ni que, fusil en mano, afronten al enemigo; pero sí que sepan formar hijos sanos y robustos, equilibrados, patriotas, a quienes sea posible exigir valentía en la guerra y prudencia en la paz. *Las mujeres de la Independencia* es, desde este punto de vista, texto clásico de las letras chilenas, y acaso el más frecuentemente leído para sustentar la filosofía patriótica en que aparece embebido, en cuanto ella haya de aplicarse a la existencia femenina. Es un libro corto, escrito tanto con la cabeza como con el corazón. A trechos, no puede ocultarse que el autor tuvo presente, al escribirlo, no sólo a la figura histórica cuyo nombre encabeza el capítulo, sino también a muchas otras, anónimas, que pueblan las tradiciones nacionales. Porque si no todas las mujeres llegaron a un mismo nivel de notoriedad, tampoco de todas puede afirmarse que anduvieron buscando la forma de distinguirse en los días azarosos. Todo lo contrario. Mujeres hay que aman la sombra y se satisfacen con la faena doméstica, y que sienten, por instinto, cómo es el dulce gobierno del hogar el recinto propio de su grandeza, el culto en torno al cual se las necesita como vestales; que los fuertes hogares hacen grandes los imperios de ayer y las repúblicas de hoy, y que junto a la obra esporádica y a veces imprevisora del esposo, suena bien la cautela de la mujer, que nada pide y todo lo da en nombre de la prole, de la cual se siente dueña por entrañables títulos biológicos. Y aun cuando en la brevedad y en la sencillez de los relatos de Grez no quepan reflexiones encumbradas, por cierto que un caluroso elogio del hogar tradicional de los chilenos surge como aroma de estas páginas, tan patéticas a trechos y tan elocuentes siempre, así en lo grande como en lo pequeño.

El combate homérico, escrita a corta distancia de los sucesos,

como publicada en 1880, podría creerse obra de encargo; pero el talento del escritor supo revestir de verdadero interés cada uno de los episodios de la sangrienta jornada. Dentro de la guerra y en los años inmediatamente siguientes, continúan cumpliéndose los empeños literarios de Vicente Grez.

En 1882, acompañado de buen número de literatos, a cuya cabeza rolaba el poeta Guillermo Blest Gana, Grez creó una Sociedad del Estímulo Literario, de la cual aparece designado vicepresidente¹. La institución se había fijado el objeto de publicar obras de autores chilenos, y en el propio año de su fundación cumplía este programa al lanzar dos libros, *Ráfagas* de Vicente Grez y *Después de la tarea* de Adolfo Valderrama. Conocemos ya el nombre de *Ráfagas*; esta vez corresponde a un libro de versos, que a los contemporáneos del autor no les agradaron, aunque, merced a un ardid editorial de que no tenemos noticias, si bien es fácil presumirlo, la portada del libro conserva mención de dos ediciones dentro del mismo año 1882. Vicente Grez había conquistado ya amplia fama de hombre chistoso, agudo, ocurrente, y parece que sus lectores esperaban verle sosteniéndola con la obra escrita, pero *Ráfagas* no tiene nada de eso, y sus páginas configuran un poeta tierno, doliente, sentimental, enamorado y algo gemebundo, todo lo cual formaba señalado contraste con el prestigio del charlador cáustico y desenvuelto. Tal como ya hemos dicho, Grez aparece en aquellos versos como lector muy aplicado de Heine y acaso de los discípulos directos de éste en español, entre quienes cabe citar a Gustavo Adolfo Bécquer, ya popular en Chile por esos años.

En las *Ráfagas*, que más que título de libro podría ser tomada como palabra genérica escogida para designar cierto tipo de compo-

¹ Información completa sobre el Estímulo Literario, con larga nómina de los escritores que habían adherido a la empresa, puede leerse en *La Época*, 14 de Mayo de 1882.

siciones breves, epigramáticas, la influencia de Heine es muy visible y cabe insistir en ella. El poeta cuenta antiguos episodios de amor ocurridos en su vida, se detiene en la reminiscencia que le acude cuando ve pasar de nuevo a la mujer que quiso, y otras veces reflexiona ante el espectáculo del mundo. Así ocurre en estos seis versos:

*¡Cuánto aparato escénico
para adorar a Dios!
Flores, incienso, música,
sermones, procesión;
y el alma de los fieles
está sin fe ni amor.*

Esta breve composición apareció titulada *Rima* en *La República*, Marzo de 1890, p. 200; pero es una de las que forman en el libro *Ráfagas*, donde lleva el núm. XX. Y es curioso en todo caso recordar aquellos versos de Grez, en presencia de la acusación que Juan Rafael Allende le hacía en su periódico *Poncio Pilatos*, toda ella calculada para poner en solfa al autor de *Marianita*. He aquí el epigrama de Allende:

EL PUNTETE GREZ

*Escribió El Charivari,
a los frailes azotó
y nunca, que sepa yo,
oyendo misa lo ví.
Pero el Dios del Sináí,
por un extraño capricho,
a pesar de lo que ha dicho
contra los frailes Puntete,
boy a la curia lo mete,
y hasta oye misa don Vicho.*

* * *

A muy corta distancia se enfilan las novelas de Grez: *Emilia Reynals* (1883), *La dote de una joven* (1884), *Marianita* (1885)

y *El ideal de una esposa* (1887). En general, cabe decir de estas obras que fueron muy bien acogidas por el público al cual se hallaban dirigidas, pues, como excepción a la ley común de la edición única, dos de ellas (*La dote de una joven* y *Marianita*) han sido reeditadas después de la muerte del autor. En sus obras no encontraremos los titubeos y las vacilaciones que acompañan a otros escritores del mismo período. Con Vicente Grez, en fin, había nacido para la literatura chilena el primer émulo digno de Blest Gana.

A juzgar por el problema central que confiere tema al libro, *La dote de una joven* se asemeja a las primeras novelas de Blest Gana, donde los personajes aparecían no pocas veces movidos por disputas sobre intereses económicos. La dote en cuestión, volatilizada por los malos negocios de una familia compuesta de gentes sin escrúpulos, ocasiona conflictos tales que llevan a una honesta joven a buscar un cambio de vida en el convento. Sobran algunos personajes, y las escenas no están siempre bien combinadas, pero la novela se hace leer porque despierta curiosidad no del todo malsana.

En medio de la producción de Vicente Grez resalta notoriamente *El ideal de una esposa*, tragedia vívida y conmovedora de los celos femeninos. A diferencia de los dramaturgos y novelistas corrientes, quienes suponen la pasión de los celos más tiránica en el hombre, el novelista chileno la muestra en obra en el seno de una mujer. Faustina y Enrique se casan y forman una pareja feliz hasta que aquélla descubre que su marido la engaña. Esta revelación cambia totalmente sus sentimientos y le da una nueva personalidad, por la cual se la ve dominada hasta el final del relato. Intervienen diversas personas de la familia para que ella condescienda a ofrecer al marido la impresión de haberle perdonado, en vista de lo cual podrían, después, iniciar una nueva etapa de vida en común. Todo es inútil: Faustina se encierra en su desdicha y cava en ella de día y de noche. No la apacigua ni siquiera la muerte de su hijo, que

también conmueve al marido, padre tierno aunque olvidadizo. Presentando la medalla por su otra cara, Grez concede que Enrique aceptaría rehacer su existencia si su mujer le mostrara alguna simpatía, y como no la obtiene, se hunde cada vez más en la disolución de fáciles placeres.

En la novela —dice Luis Covarrubias— hay una lucha de pasiones y de sentimientos, lucha lógica, verosímil, a la que el lector asiste en todos sus detalles, en todas sus indefinibles vacilaciones y en todos sus dolorosos resultados. El autor ha sacado partido, con lucimiento digno de elogio, del carácter decidido de Faustina, que se yergue altiva como la virtud ante la maldad humana que no conocía, y que después de conocerla no la perdona ni la acepta como un hecho común, y de la falta de Enrique, que más que por depravados sentimientos parece originada por debilidad de carácter... El drama que nace del choque de esos dos elementos no es una concepción atrabiliaria que se aleja de la órbita de lo verosímil, sino un drama social, esencialmente humano, en que entran los grandes caracteres y las bajas pasiones, y en que el desenlace tiene que corresponder al predominio del elemento más fuerte. (*Estudios críticos*, p. 88-9).

Puede verse, por lo que llevamos narrado, cómo Grez quería distinguirse con la escenificación de sucesos de la vida no afrontados antes por los novelistas nacionales. Hasta el período que estamos historiando, no había nacido en Chile autor alguno que se hubiera atrevido a levantar con tanta audacia el techo de la casa para mostrar lo que ocurre entre cuatro paredes. Menos habría sido aceptada en la novela la explosión de los celos femeninos al punto de trastornar el carácter de una mujer y hacerla conducirse, hasta la última página, movida sólo por el odio y no por el amor. Grez advirtió el primero en el alma femenina una capacidad de menosprecio y de odio, persiguiendo al ser antes amado, que sobrepasa las fuerzas de que habitualmente hace uso el hombre en la lucha por la conquista de la presa mujeril. El más trascendental problema planteado en este libro es, por lo demás, el de saber si el desafecto incubado

en el matrimonio es una variante local, que afecta sólo a la mujer chilena en la lucha de los sexos, o si es una propensión general, humana, sin sujeción a climas y latitudes. Grez no se pronuncia; nadie se ha pronunciado. Dejamos insinuado el tema, que se presta por cierto para amplio desarrollo, como prueba de que el libro contiene resortes siempre dispuestos para suscitar el interés. Y con esto queda dicho que *El ideal de una esposa* es una de las novelas chilenas más señeras, digna de un atento estudio crítico.

En *Marianita*, por lo demás, Grez había intentado algo parecido. La protagonista se entrega al amor con arrebató pero, viendo rota su ilusión, se desespera y se suicida. El desenlace, como siempre ocurre con los suicidios en la literatura, no aparece bien motivado y no convence. Faustina, en cambio, la heroína de *El ideal de una esposa*, no sólo no cede, no sólo no abandona la batalla, sino que a cada nuevo incidente se la ve recrecer en su fogoso anhelo de sobrevivir para enrostrar día por día a su inconstante esposo, cuánto le odia y en qué grado le desprecia. De modo, pues, que al afrontar por segunda vez el problema psicológico del amor y del odio en el espíritu de una mujer, Vicente Grez le dio una solución distinta, que le pareció, acaso, mejor síntesis de las observaciones del mundo psicológico hechas a esa altura de su vida.

La última tentativa novelesca en la carrera de Grez es *Genio sin alas*, novela cuya publicación se inició en el primer número de *La Revista Nueva* (1900); pero de *Genio sin alas* no conocemos sino la primera parte, que apareció en el período inicial de aquella publicación, sin que al quedar suspendida la sucesión de sus capítulos se informara al público sobre lo que había ocurrido con ella.

Poco es cuanto podemos decir sobre este esbozo. Tras unas escenas preliminares, encaminadas a prestar ambiente al drama, si bien se prolongan en exceso, vemos a Eduardo, pobre ser alcoholizado, que se prepara a explotar en su beneficio el talento artístico

de su hija Felicia, dotada por la naturaleza de excelente voz, don heredado de su madre, fallecida por lo demás muy joven como consecuencia de la mala vida que le propinó su marido. En esos primeros capítulos aparecen la abuela de aquella chica, una tía y un primo, Carlos, joven generoso, gentil y bueno, al parecer llamado a rescatar a Felicia de los peligros a que le podría exponer la mala cabeza de su padre. ¿Qué ocurría después? O Grez no tenía completa la obra y se cansó de seguir en ella, o dejó de publicarla por algún motivo especial. ¿Hay alusión a sucesos recientes o a personajes dignos de consideración extraordinaria? No sabemos nada, y de *Genio sin alas* en consecuencia no cabe decir sino que anunciaba ser una novela parecida, en cuanto estilo, a las demás del autor, si bien el ambiente artístico aquí insinuado, en aquéllas no había aparecido.

Las novelas de Vicente Grez, consideradas en conjunto, son obras de salón, en el sentido de que ocurren en el interior de las casas, en sucesivas entrevistas, con personajes que actúan dentro de los límites concedidos a la buena sociedad. Son además, obras pasionales: el hombre ronda a la mujer, la mujer busca galanes que la adoren y le digan frases de entusiasmo efectivo o fingido, y el ambiente familiar queda, merced a la presencia de estos rasgos, evocado con fidelidad y gracia muy genuina. Pero también hay pasiones contrarias. En *La dote de una joven* "todos los personajes —como dice un crítico—, con excepción de uno solo, pertenecen a la categoría de los criminales. Es verdad que no cometen asesinatos a la luz pública; pero arrebatan honra y hacienda a los incautos que caen en sus manos" (Amunátegui Solar). Puede agregarse que son también obras de observación de la realidad: no hay en ellas lances inverosímiles, y las gentes que las pueblan se acercan y se alejan conforme usos normales de la vida social y no por estupendas invenciones del narrador. A pesar de su interés por la pintura

y las bellas artes, en general, Grez no es colorista, ni parecen interesarle demasiado los "cuadros de género". En sus novelas hay bailes, comidas y demás acontecimientos usuales en la existencia familiar, ciertamente, pero todo ello evocado con discreción y hasta con timidez. Desde este punto de mira, y para terminar, es novelista equilibrado, sensato y de gran prudencia en el empleo de los resortes novelescos.

* * *

Volviendo un poco atrás, debemos indicar que hubo otra empresa periodística a la cual Grez debió sentirse especialmente inclinado. El 15 de Noviembre de 1881 iniciaba sus publicaciones en Santiago el diario *La Época*, fundado por Guillermo Puelma Tupper y transferido por éste, en Setiembre del siguiente año, a una sociedad de la cual formaban parte, además Agustín Edwards, ya propietario de *El Mercurio* de Valparaíso, y Benjamín Dávila Larraín. Grez fue redactor de *La Época* y colaborador de *Los Lunes*, suplemento semanal del mismo diario, que comenzó a publicarse, en tamaño más reducido, desde el 4 de Setiembre de 1882 y prolongó su existencia hasta el 13 de Noviembre de 1883. En *Los Lunes* logró espacio para publicar, en capítulos a modo de folletín, dos obras que ocupan sitio señalado dentro de su producción, el estudio biográfico y crítico de Antonio Smith, gran pintor chileno, y la novela *Emilia Reynals*, ya mencionada, que apareció para el público, en forma de volumen, en el mes de Junio de 1883.

Entre las publicaciones periódicas de que fue editor Vicente Grez, escalonadas en varios años de su vida, debe mentarse muy especialmente la titulada *El Salón*, por la singular esplendidez de su presentación gráfica, desde el papel hasta los grabados. Editada con motivo de la Exposición de Bellas Artes de 1885, salió sólo

cuatro veces, desde el 22 de Noviembre hasta el 13 de Diciembre, con un total de 32 páginas, y en sus columnas ofreció artículos y versos firmados por Alcibíades Roldán, Daniel Riquelme, Pablo Garriga, Luis Orrego Luco, Pedro Lira y Juan Nepomuceno Espejo, éste bajo el seudónimo W. Athlestone. Vicente Grez, por su parte, llenó varias columnas del elegante periódico con un análisis de las telas exhibidas en el salón, donde puede verse, al comienzo, un esbozo de la historia de la pintura en Chile, que más adelante (1889) granaría en todo un libro, *Les beaux arts au Chili*; ofreció en seguida un cuento y, finalmente, bajo el nombre de *Faustina*, los primeros capítulos de la novela *El ideal de una esposa*.

Las únicas treinta y dos páginas de este periódico que tan bellamente había comenzado, quedan como un simpático recuerdo en la bibliografía de ese puñado de selectos colaboradores.

Carlos Luis Hübner, otro periodista aficionado como Grez a la charla ingeniosa y oportuna, decía que cuando en Chile un hombre se había distinguido por ser compositor de sentimentales piezas de música, se le nombraba tesorero fiscal. Algo de esto ocurrió con Vicente Grez. ¿Qué empleo podía darse, en el curso de 1888, para mejorarle la situación dentro del servicio administrativo, a un hombre de festiva conversación, diligente como periodista y aficionado a las bellas artes y a la novela, campos ambos en que descolló como pocos? Pues entonces fue designado director de la Oficina Central de Estadística, para reemplazar a don Francisco Solano Astaburuaga, escritor y poeta asimismo, y en ese cargo administrativo hubo de permanecer hasta su fallecimiento, sin otro paréntesis que el de la guerra civil, durante el cual Grez fue perseguido y obligado a emigrar. Antes, con la colaboración de Pedro Lira, Nicanor Plaza y otros artistas, había fundado y dirigido la *Revista de Bellas Artes* (1889-90). Es hora de señalar, asimismo, que Grez llegó a ser especialista en la crítica de bellas artes, lo que le autorizaba para

compartir, en calidad de secretario, la labor de la comisión encargada de organizar la presentación de Chile en la Exposición Universal de París de 1889, y escribir, para ella, la primera obra de conjunto que se ofrece en la bibliografía chilena sobre la evolución de las artes plásticas, *Les beaux arts au Chili*, ya mentada, impresa por encargo oficial en París. De otra parte, fue secretario de la junta directiva de bellas artes desde 1883, y crítico del salón oficial de pintura y escultura en diversas fechas y en diversos periódicos, como *El Ferrocarril* en la temporada de 1884 y 1885, en Mayo de 1886 para *Los Debates*, en 1887 para *La Época*, etc.

Las nociones que hubo de asimilar Grez para la crítica de bellas artes fueron más prácticas que teóricas, lo que explica, de otro lado, el efecto de sus comentarios, leídos por los artistas y apreciados en el acto en su preciso alcance, gracias a la limpidez y a la gracia de la forma. Y las suponemos ante todo prácticas, porque quien se tome al cuidado de repasar las páginas de la *Revista de Santiago*, en sus publicaciones de 1872, encontrará dos bellos artículos que dan cuenta de las actividades de Grez. En el primero, *Una visita artística*, el crítico narra muy a lo vivo cómo era el taller de Nicanor Plaza cuando éste, a poco de haber pasado una larga temporada de estudio en Europa, se instaló de nuevo en su patria para dar aplicación a las lecciones recibidas de sus maestros. En el otro, titulado *En el taller de Pedro Lira*, revela cómo este distinguido pintor, a quien tanta gloria alcanzaría en años siguientes, se formó en la escuela de Smith y comenzó su carrera ejecutando, a ejemplo o por instigación de éste, paisajes nativos que fueron su especialidad antes de las escenas históricas y del retrato.

* * *

Al comenzar la revolución, el 7 de Enero de 1891, el gobierno clausuró *manu militari* todos los diarios, con la sola excepción de

aquéllos en que editor y redactor eran afectos a la administración Balmaceda. *La Época* dejó de salir, y sus redactores quedaron en libertad de irse a sus casas. A pesar de ser empleado público, Grez no ocultaba sus censuras a Balmaceda ni su simpatía por la causa del Congreso, y pronto fue reducido a prisión y destituido de su cargo. Antes de verse detenido alcanzó a firmar el acta de deposición de Balmaceda por la mayoría del Congreso, como hemos recordado. Poco se sabría de él en este período, como poco se sabe de otros colegas suyos, si no hubiera cedido a su propensión nativa, pues a poco de terminada la guerra civil, Grez publicó todo un libro, por lo demás muy ameno, sobre el viaje que hubo de hacer a la fuerza más allá de las fronteras nacionales. *Viaje de destierro*, el libro referido, que salió en 1893, está dedicado a un grupo de amigos y correligionarios del autor, como se lee en las siguientes líneas, que explican el origen de la obra:

A mis amigos Francisco Antonio Pinto, Ricardo Matte Pérez y Valentín Letelier, con quienes pasé, durante la Dictadura, una agradable temporada de Penitenciaría, en un mismo calabozo.

Después de largas y engorrosas negociaciones, el Presidente Balmaceda se avino, muy avanzada ya la guerra civil, a conceder la libertad a unos cuantos de aquellos detenidos que por sus hábitos y profesiones no parecían ser peligro en la lucha armada, y a ello se refiere Grez en las primeras líneas de su escrito:

En la mañana del 3 de Julio de 1891 el dictador Balmaceda abre las puertas de la cárcel de Santiago a setenta detenidos políticos y los hace embarcar en un tren expreso que seguirá en marcha a Valparaíso, en cuya bahía espera el vapor inglés *Bolivia* para conducirlos a Iquique.

Los alrededores de la cárcel están invadidos por un inmenso gentío: damas de la más distinguida sociedad se confunden con los hombres y las mujeres del pueblo, y al aparecer los reos, en medio de una doble fila de soldados, todas las manos se agitan, saludando en silencio a las víctimas de la tiranía,

demostración elocuente que pone de manifiesto lo unánime del sentimiento público a favor de la revolución.

Del itinerario cumplido por el autor en su viaje hacia el norte, llaman la atención las imágenes fugaces que deja de Caldera, Antofagasta e Iquique; si bien aquí hay algo más que ver. En los días de su paso, Iquique era la capital de la revolución, donde estaba la junta de gobierno y se preparaba el ejército que poco más adelante, navegando hacia el sur, haría tierra en Quintero y libraría los combates decisivos de la guerra civil.

Durante la campaña —dice Grez— Iquique presenta un extraño aspecto: parece un barrio de Santiago o de Valparaíso por la juventud que de estas dos grandes ciudades circula por sus calles, y no andamos una cuadra sin detenernos veinte veces a saludar a éste o a abrazar al otro amigo querido, que ha tenido la fortuna de escapar de las garras del Dictador. Cada hombre del sur que llega a esta ciudad libre tiene una historia personal que referir: la historia de su escapada, entre las que hay algunas dignas de la leyenda...

La ciudad —agrega— tiene aspecto marcial: casi todos sus habitantes visten el traje militar, y es bochornoso no usar siquiera el distintivo de la gorra blanca que llevan desde los miembros de la Junta de Gobierno hasta los de las ambulancias.

Sigue anotando los puertos: Pisagua, Arica, Mollendo, Pisco, no sin aducir, de paso, amenas noticias históricas, que dan profundidad al cuadro, hasta llegar al Callao y en seguida a Lima, donde el autor va a pasar algunos meses, conviviendo en la extraña sociedad que allí se ha formado: de una parte, los enemigos de Balmaceda acogidos a la hospitalidad peruana mientras llega el momento de asestar el golpe de gracia a la dictadura, y de la otra los dictatoriales, unos los diplomáticos y otros los miembros del ejército a quienes el avance de la fuerza del Congreso expulsó en diversas direcciones, tanto al Perú, como a Bolivia y a la Argentina.

En el hotel Maury —cuenta el ameno cronista— se encuentran hospedados

los constitucionales desterrados por Balmaceda: los señores José Besa y familia, Zorobabel Rodríguez e hijo, Adrián Gandarillas, Javier Vial Solar, Ministro plenipotenciario del gobierno de Iquique y sus secretarios los señores Lorenzo Montt y Martín Saldías; en el hotel de Francia e Inglaterra está el Ministro de Balmaceda señor don Angel C. Vicuña con toda su numerosa corte de secretarios, atachés, agregados militares y jefes del ejército que se desvaneció en Tarapacá y tomó la fuga antes y después de Pozo Almonte. La oficialidad del ejército de Arrate y de Gana está desparramada en toda la extensión de Lima y habita mansiones menos costosas.

Gran desencanto siente el *galantuomo* al recorrer las calles de Lima pues no halla en sus aceras las mujeres de grande hermosura que señala como existentes allí la leyenda tradicional repetida por todos; pero de aquel desencanto se consuela anotando al pasar las costumbres típicas: la venta callejera de boletos de lotería, las apuestas que hacen los chinos en su barrio, el espectáculo de los toros, y en seguida, con mayor prominencia, evoca los recuerdos de Santa Rosa y la vida recoleta de los monasterios. Pasa a ocuparse de la Inquisición, y da una ligera pincelada a lo que hubo de ocurrir cuando San Martín y Bolívar se enfrentaron en Guayaquil, ocupados en la magna tarea de libertar al pueblo peruano de la tutela española.

Los últimos días de la estada de Grez en la capital peruana fueron, como se comprenderá, sumamente agitados por las noticias contradictorias que con sucesión de muy poco tiempo se dejaron caer sobre aquellos chilenos expatriados. "Después de algunos días de inquietud —escribe—, el señor Edwards recibe un cablegrama de Valparaíso en que se le anuncia que el ejército del Congreso ha desembarcado sin novedad en la bahía de Quintero, distante sólo unos pocos kilómetros de Valparaíso. Nunca pude saber quién envió este cablegrama, y ni el mismo señor Edwards lo ha podido averiguar". Otro día, los balmacedistas que viven en Lima festejan ruidosamente la atroz noticia de la matanza de Lo Cañas, nada hon-

rosa página en los anales del gobierno chileno, hasta que, poco a poco, la verdad se filtra, y se van depurando las informaciones, tan confusas antes. "La casa del señor Vial Solar —recuerda el novelista— es en estos días el refugio de todos los impacientes por saber noticias de Chile". Y el día 28 de Agosto, mientras buen número de chilenos almuerza en casa de Javier Vial Solar, representante de la junta de gobierno de Iquique, ruidosos timbrazos de la puerta suspenden la atención de los asistentes, hasta que sienten los pasos agitados y la voz de don Agustín Edwards, que después de gritar *Viva Chile* anuncia: *¡Triunfó la revolución!* El señor Edwards ha recibido esta sorprendente noticia por conductos particulares muy seguros, de modo que nadie la pone en duda. El cronista comenta:

La primera impresión que se siente al recibir una noticia de esta naturaleza, se asemeja mucho a la que produce una desgracia; la emoción es tan viva que el ánimo se abate, y por un instante se permanece silencioso; pero la reacción es rápida y la alegría del triunfo hace palpitante el corazón.

Pero aquella nueva, que los chilenos creían exclusiva para ellos, corre por la ciudad con extrema rapidez, y cuando los contertulios de Vial Solar y de Edwards salen a las calles, por todas partes encuentran indicios de que el hecho es conocido y, desde luego, muy comentado. Los balmacedistas se resisten a aceptar el parte, y Angel Custodio Vicuña, colega de letras de Grez y a la sazón ministro de Chile, por Balmaceda, en Lima, le dice:

—No creo en la extensión de la derrota... Probablemente han obtenido ustedes un triunfo parcial; pero de ninguna manera una victoria decisiva. Voy a palacio y ahí sabré la verdad de lo ocurrido, que comunicaré a usted.

El señor Vicuña, cuyo rostro es generalmente pálido, va lívido en esos momentos; sus labios están blancos y un ligero temblor nervioso le agita.

Pocos días después, ante la catastrófica verdad confirmada con

todos los requisitos posibles, Vicuña entrega el archivo de la legación en manos de Vial Solar, y el cronista asegura que está en perfecto estado "y sin que falte uno solo de los documentos más importantes de la época histórica de la Dictadura, hecho que todos estimamos honroso para el señor Vicuña, pues no ha tratado de ocultar nada, ni de excusar la responsabilidad que le afectara en estos sucesos". Y con el relato del viaje de retorno a Chile, muy ameno y hasta novelesco en alguno de sus aspectos, termina este libro en el cual se cuenta una simpática y curiosa aventura: la del revolucionario a quien se hizo vivir, a la fuerza, una bella temporada en Lima.

Tras el regreso a Chile, Vicente Grez reanuda sus ocupaciones y retorna a las tareas periodísticas, que tan a disgusto había suspendido. Trabajó, por ejemplo, en 1893, en la redacción editorial de *La Patria* de Valparaíso, después de haber sido su corresponsal en Santiago en diversas fechas, como se ha indicado; y también poco después colaboró a la sección editorial de *La Opinión* (1895), otro diario de Valparaíso, al cual surtía de material desde Santiago. En los años que estamos tratando existía una recompensa moral ansiosamente buscada por todos los escritores chilenos: pertenecer a la Universidad de Chile; y Vicente Grez la obtuvo cuando se le eligió miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, para sustituir a Guillermo Matta, quien acababa de fallecer, en Abril de 1899.

Terminada la guerra civil, Grez recuperó naturalmente el cargo de jefe de la Oficina de Estadística de que había sido destituido por capricho dictatorial, y allí permaneció hasta su último día. Siguió haciendo, asimismo, vida de literato y de periodista, y hasta se significó, dentro de ésta, por el interés de elevar la condición de los jornaleros de la prensa, defendiendo sus fueros económicos. Esta actitud puede verse en las dos cartas que siguen, debidas a

la generosa indiscreción de *El Diario* (15 de Diciembre de 1896), uno de tantos periódicos efímeros que se han publicado en Santiago. La primera dice así:

Mi querido Augusto:

Estaba enfermo cuando recibí tu invitación a la fiesta organizada en el Conservatorio, en la que tú hablaste con tanta elocuencia como verdad.

Pido perdón por esa inasistencia y envío, como multa a favor de la caja de la Sociedad de Periodistas, el cheque adjunto, por la suma de cien pesos a la orden del señor Alberto Mackenna, tesorero de la institución.

Recibe un abrazo de tu viejo amigo y admirador

VICENTE GREZ

14 de Diciembre de 1896.

A estas palabras, el doctor Orrego Luco respondió en la forma siguiente:

Mi querido Vicente:

Acabo de recibir la amable carta en que me envías tu generosa donación para la Asociación de la Prensa.

Te doy las gracias por el concurso material que ella nos trae; pero más todavía te lo agradezco por el ejemplo que dará a otros, y te agradezco, sobre todo, que nos permita inscribir entre los nombres de nuestros protectores, el de uno de los periodistas más cultos, caballerosos y brillantes con que se honra la literatura nacional.

Daré cuenta de tu carta y de tu envío en la primera sesión que celebremos, y guardaré las palabras de cariño que hay en esa carta para mí, entre las muchas pruebas que me has dado de tu benevolencia y tu cariño.

Tuyo siempre.

A. ORREGO LUCO.

Diciembre 14, del 96.

Los años finales fueron melancólicos, acaso más para los amigos del humorista, que siempre esperaban verle exprimir inagotable y

variado gracejo. Ya no reía. El chiste tardaba en fluir de sus labios, y al advertir el escritor que no le era dado, como antes, hacer sonreír a sus amigos, optó por alejarse de las habituales tertulias, del café, del bar, de todos los pequeños grupos donde tanto había brillado en años anteriores. Refiriéndose a este progresivo apartamiento, *El Diario Ilustrado* decía, al comentar la muerte del periodista (1º de Junio de 1909):

Sus últimos años fueron de voluntario retiro. Parecía un vencido y era un filósofo. Hasta de las tertulias políticas se alejó, a pesar del cariño con que en ellas le recibían.

* * *

Vicente Grez pertenece al número de aquellos escritores que además de la obra escrita dejan una fama extensa por su charla fresca y oportuna. En opinión de sus contemporáneos, su conversación era deliciosa y hacía reír, pues en ella abundaban las ocurrencias, los retruécanos, las bromas, ya irónicas, ya benevolentes, todo esto con cierta fluidez que parecía inagotable. ¿Queda algo de eso en lo escrito? Casi nada. La literatura que practicó Grez era de otro corte, y sin ser demasiado seria o encumbrada, no permitía las familiaridades, las expansiones del diálogo, de modo que fue en éste donde el charlador ameno encontró el verdadero cauce para manejar diestramente el placer de sus auditores. A su muerte, un colega de prensa que le conocía bien, Carlos Silva Vildósola, le llamó "el último de los bohemios literarios de Chile", y agregaba:

Don Vicente Grez era real y sinceramente un bohemio, no de la bohemia melenuda y mugrienta en que la extravagancia del vestir no alcanza a disfrazar la vaciedad del cerebro, sino de aquella distinguida y refinada que ama la libertad, que cultiva el arte con sinceridad, que hace literatura y escribe poesías y novelas en que va dejando huellas de genio, sin cuidarse de lo que es comerciable, de lo que procura aplauso de la muchedumbre y se vende en el mercado.

Su solo nombre evocará en la memoria de sus contemporáneos, de los que

lo conocieron antes de que las tristezas de la vida hubieran echado sombras sobre su humor exquisito, el recuerdo de tantas reuniones de hombres de letras y de artistas, de políticos y de pensadores, en que su charla, su ingenio gaulois, su chispa vivísima, hacían el encanto de los que le oían.

En seguida, y refiriéndose más directamente al aspecto de la risa en Grez, que ya hemos evocado, Silva Vildósola decía:

Un secretario, un colaborador que hubiera recogido esos chistes derramados por Grez en su larga carrera de escritor, de político, de periodista, habría hecho con ellos un tratado de honda y rabelesiana filosofía social, en que todos los aspectos de nuestra existencia aparecerían dibujados con un lápiz de fuego a veces y otras con un rasgo caricaturesco y burlón que no llegaba a herir, pero que sabía marcar ².

De Grez como autor de chistes, algunos de quevediano sarcasmo, no se han recogido las huellas por mano de secretario, como pedía aquel colega de prensa que le despedía con términos tan emocionados a su muerte, ocurrida en Santiago el 28 de Mayo de 1909. A cambio de esa diligencia existe la buena voluntad de un amigo que sí recogió lo que sabía, porque le tocó la fortuna de ser testigo presencial. Es el caso que Angel Custodio Espejo, muy jovencito a la sazón, un día fue llevado por su padre a la Dirección General de Correos, donde estaba convenido que se le daría trabajo. Allí encontró a Grez, y desde entonces Espejo le oyó disertar, así en las oficinas administrativas como en las redacciones de los diarios. Le debemos, como primer esbozo, una interesante estampa física.

Tenía Grez —recuerda Espejo— una insinuación de risa que era como un tartamudeo de su propia vena irónica, inagotable. Apenas él comenzaba a preparar un chiste ya tenía a su público oprimiéndose el estómago para no

² Publicado sin firma en *El Mercurio*, 29 de Mayo de 1909. Señala también la vertiente humorística del ingenio de Grez, L. O. L. (Luis Orrego Luco) en *Hechos y notas, Selecta*, Julio de 1909, artículo escrito a propósito del fallecimiento, como el de Silva Vildósola.

soltar a gritos las carcajadas. Él tenía que sujetar a su gente para que no se riese a destiempo.

.....

Su figura misma era cómica, sin ser chocante. Pequeñito, fino de facciones, si se quiere, con una nariz cuya punta caía sobre la boca; de boca pequeña, siempre dispuesta a tararear un aire lírico; caminaba a pasos muy cortos y rápidos; parecía que siempre iba muy ocupado; cuando se dirigía hacia un punto determinado, pasaba como una flecha. Y tenía entonces una manera de saludar especialísima, llena de donaire. Todo el mundo habría querido en esos casos detenerle. Pero, para él era original el dejar a los amigos o a los conocidos en espera de sus ocurrencias, con los crespos hechos.

Viene después un puñado de las anécdotas propiamente tales, que si bien corresponden todas, o casi todas, al período anterior a la revolución, bastan para caracterizar el humor de Grez.

He aquí algunas.

Las entradas cómicas de Vicente eran para desternillarse de risa cuando llegaba a la oficina. Nunca dejaba de decir un chiste. Era como un saludo obligado. Un día llegó, como de costumbre, a escape y dijo tartamudeando:

—Acabo de encontrar a Arturo Edwards; le hice nueve saludos; uno por cada millón...

Otro día se trataba de comprar y nos contó que había llegado a una tienda española:

—¿Tiene guantes de preville, del núm. 7?

—No; contestó el dependiente; pero tenemos unos calcetines de lana, muy ricos...

—Yo también tengo un tío que toca muy bien el violín —contestó al punto Grez.

El Director tenía cosas muy buenas al lado de otras muy malas. Su humor endiablado, que le permitió, por lo demás, mantener la disciplina en un servicio que andaba a la bolina cuando él lo recibió, ese humor daba mucho que hacer a Grez. Un día le lleva el despacho y el Director tira las notas al suelo, y no contento con eso, las pisotea.

Vicente, al punto, le dice:

—No sabía que también firmaba con los pies...

Y al salir a escape de la oficina del Director, agrega a uno de los jefes de sección que iba entrando con "despacho":

—Apúrese, compañero, porque está firmando a cuatro manos...

En esos años pudo Grez conservar su buen humor hasta en los días de la guerra civil, cuando se le forzó a permanecer encerrado en un calabozo, mientras se perseguía a todos sus compañeros de la oposición parlamentaria y periodística y se aplicaban, a lo largo del país, las más severas medidas de fuerza. Porque allí también, en la prisión, Grez inventaba cosas para hacer reír a los demás, como cuenta el mismo Espejo ya citado:

En la cárcel, el año 91, bautizó con el apodo de *peripatéticos* a un grupo de presos políticos que con don Alejandro Vial, don Benjamín Dávila Larraín y don Alberto González Errázuriz a la cabeza, no hacían otra cosa que pasearse gravemente de uno en fondo, con las manos a la espalda, como urgidos de grandes meditaciones filosóficas.

En la misma cárcel, durante un acceso de indignación, nos dijo:

—En Chile hay bribones para 30.000.000 de habitantes.

Y un día que le daba la mano al Alcaide:

—Y si no se saluda así a los pícaros, ¿a quién se le da entonces la ma... ma... no? ³.

Ha llegado el momento de recordar que Grez era tartamudo, y buena parte de la gracia de sus chistes procedía de esta deficiencia física, utilizada a maravillas para detener la atención del auditorio y aún para exacerbar, con la demora, la curiosidad por lo que iba a decir. Parece, por eso, totalmente verídico, cual apunta Espejo, que sus amigos comenzaran a reír en cuanto le veían aparecer, porque de aquella boca hecha al sarcasmo y a la ironía y fértil en retruécanos y chistes, no esperaban sino chistosas ocurrencias y motivos de risa.

Otros chistes han sido recogidos en publicaciones sueltas, sin

³ Vicente Grez, *el humorista*, en *El Siglo XX*, núm. 2, Julio de 1909.

mayor aliño, de modo que no siempre se sabe si corresponden a la inventiva de Grez o si son de otros ingenios. Carlos Luis Hübner, que tenía muchos motivos para hallarse bien informado, contaba éste:

En tiempos de Balmaceda, se hizo costumbre distinguir los Gabinetes por el nombre del mes en que se habían organizado. Se hablaba del Ministerio de Marzo, del de Enero, del de Octubre, y tantos ministerios hubo, que un día dijo Vicente Grez:

—Si esto sigue así, habrá que pedirle meses prestados a Lagarrigue⁴.

En el período de la Guerra del Pacífico, cuando Grez conservaba su cargo de diputado, un periódico de Chunga, *El Ferrocarrilito*, le dedicó versos en los cuales se le dibuja de cuerpo entero:

—¿Quién es Grez? —Un buen muchacho.

—¿Con pretensiones de artista?

—Y también de novelista.

—¿De patillas? —Y mostacho.

—¿Es delgado? —Y pequeñito.

Lleva el sombrero a la oreja.

—¿A quién, en fin, se asemeja?

—Al célebre Pulgarcito.

—¿Es congresal? —De ralea

carneril. —¿Habla? —No habla.

—¿Y en votaciones de tabla?

—El sí o el no deletrea.

—¿Y es modesto? —Eso lo escuda:
es un muchacho excelente.

—¿Qué es en resumen Vicente?

—Es ráfaga tartamuda.

⁴ Charlas, serie colorada, 1910, p. 290. El mismo Hübner dedicó a Grez, con motivo de su muerte, un artículo especial, *Recuerdos de prisión* (*Diario Ilustrado*, 4 de Junio de 1909), que debe ser considerado una especie de complemento de *Viaje de destierro*.